

Comentario al evangelio del lunes, 25 de junio de 2012

“En una alforja al hombro llevo los vicios; los ajenos delante, detrás los míos. Esto hacen todos; así ven los ajenos, mas no lo propios”

Felix María Samaniego.

Jesús, como los grandes maestros de la humanidad, ha establecido la regla de oro del comportamiento del cristiano. La tentación humana de juzgar a los demás es tan espontánea y fuerte que no es fácil de evitar. Tiene uno que estar muy atento sobre sí mismo para no resbalar por esa pendiente.

No sólo nos equivocamos al juzgar y clasificar a las personas en buenos y malos; sino que al tratar así a los demás, nos ponemos por encima de ellos.

Sí, debemos discernir entre el bien el mal que se hace a nuestro alrededor. No podemos ser indiferentes. Pero qué difícil es ponerse en la piel de los demás y percibir la vida con los ojos y la sensibilidad que ellos tienen.

Asistía yo a unas clases con chicos y chicas mucho más jóvenes que yo. Me acuerdo que uno de los ejercicios prácticos consistía en una especie de test sobre la TOLERANCIA. Yo me quedé desconcertado cuando al sumar los puntos acumulados a través de mis respuestas yo resultaba ser el más intolerante del grupo.

Fue una gran sorpresa para mí, sacerdote y misionero, que me consideraba abierto y tolerante después de tanto viajar de un lado para otro, de haber pasado por tantas experiencias diferentes y de conocer a tantas personas. Y es que en el fondo de mi corazón si no tengo verdaderos sentimientos de amor y de misericordia hacia los demás nunca podré ser tolerante de verdad. Hoy también la palabra de Dios discierne mi vida y la penetra hasta lo profundo. Ante él yo no puedo disimular ni mentir. Él sabe lo que hay dentro de mí y qué intenciones me mueven cuando hablo o actúo. San Pablo escribe a los Gálatas: “No tienes excusas tú, quienquiera que seas cuando juzgas a los demás, pues juzgando a otros tú mismo te condenas”.

Al decirnos Jesús “No juzguéis”, nos está invitando a contemplar a todos los hombres con misericordia, pues no hay nadie sin defecto y el juicio pertenece sólo a Dios. A qué viene tanto terror por el juicio de Dios, si la medida la tengo yo en mi mano. “La medida que uséis con los demás la usará Dios con vosotros”.

El texto del libro de los Reyes que se lee también hoy en la liturgia nos quiere abrir los ojos para descubrir el sentido de las desgracias que se han abatido sobre el pueblo elegido, como la caída de

Samaría, la ruina del Reino del Norte y la deportación del pueblo. Dios dirige la historia, que no es fruto de la voluntad humana, sino que es creada por la palabra que Dios pronuncia.

Carlos Latorre

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org